
POR AMOR¹ (PARTE 1)

Tres son las cualidades requeridas para la esencia misma de nuestra perfecta Consagración a Jesús por María: que sea **total**, que sea **definitiva**, y que sea hecha **por amor puro y perfecto a Dios y a su santísima Madre**.

Ahora nos toca examinar esta última cualidad.

DESINTERÉS DE LA ESCLAVITUD DE AMOR
HACIA NUESTRA SEÑORA

Nuestro Padre nos señala ya el «desinterés» como una de las cualidades de la **verdadera** Devoción a la Santísima Virgen en general: *«Un verdadero devoto de María no sirve a esta augusta Reina por espíritu de lucro o de interés, ni para su bien temporal ni eterno, corporal ni espiritual, sino únicamente porque Ella merece ser servida, y Dios solo en Ella; no ama a María precisamente porque lo beneficia, o porque esto espera de Ella, sino porque Ella es amable»*².

Y cuando Montfort expone en detalle el Acto de Consagración, se expresa del siguiente modo: [Hay que dar todo a Nuestra Señora] *«sin pretender ni esperar ninguna otra recompensa por nuestra ofrenda y nuestro servicio, que el honor de pertenecer a Jesucristo por Ella y en Ella, aunque esta amable Señora no fuese, como siempre lo es, la más liberal y la más agradecida de las criaturas»*³.

Y al hablar de la última de las prácticas interiores de la perfecta Devoción a María, que son en suma nuestra Consagración puesta en práctica, nos advierte: *«No debe pretenderse de Ella, como recompensa de los pequeños servicios, sino el honor de pertenecer a una tan amable Princesa, y la dicha de estar por Ella unido a Jesús, su Hijo, con vínculo indisoluble, en el tiempo y en la eternidad»*⁴.

Para comprender todo esto debemos recordar algunos puntos de la doctrina católica sobre este tema, que no deja de ser difícil.

Debemos amar a Dios con caridad **perfecta**, es decir, amarlo por Sí mismo y por encima de todos los seres. Este es el acto de la virtud teologal más elevada y preciosa.

Con esta virtud teologal podemos y debemos amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, y en primer lugar a la Santísima Virgen María, Madre de Dios y Madre de las almas.

¹ Del libro: J. M^o Hupperts S.M.M *Fundamentos y Práctica de la Vida Mariana*. Secretariado María Mediadora 121 Boulevard de Diest – Lovain

² Verdadera Devoción, n^o 110.

³ Verdadera Devoción, n^o 121.

⁴ Verdadera Devoción, n^o 265.

El amor a la Santísima Virgen es, pues, un acto de la más perfecta de las virtudes teologales, pues la amamos en Dios y por Dios.

La caridad no es perfecta si se la practica directamente a causa de las ventajas o de los beneficios, incluso espirituales y sobrenaturales, que hemos recibido o esperamos recibir de Dios y de su divina Madre ⁵.

No es que sea condenable o no sea bueno desear o buscar nuestra perfección y nuestra felicidad personal, con todo lo que a ella se refiere y todo lo que a ella conduce. Al contrario, tenemos el **deber** de hacerlo.

Pero no es eso precisamente la caridad: todo eso tiene que ver más bien con la virtud de la **esperanza**.

El deseo y la prosecución de nuestra esperanza y de nuestra felicidad no son plenamente perfectos sino cuando son asumidos, informados y sobreelevados por la caridad. Lo cual se hace, por ejemplo, del siguiente modo: «Deseo y espero la santidad y la felicidad, y todo lo que es necesario y útil para alcanzarla. Todo eso lo deseo, ante todo, porque en la perfección y en la bienaventuranza consiste precisamente la unión de mi alma con Dios y con María, a la que aspira esencialmente la divina caridad; porque de esta manera puedo glorificar más perfectamente a Dios y a su santísima Madre».

De este modo cada acto de esperanza y cada aspiración a nuestra perfección personal, y todo lo que de cerca o de lejos nos conduzca a ella, se convierte en un acto de puro amor a Dios y a la Santísima Virgen.

La Iglesia nos enseña que no nos es posible establecernos en un estado habitual de permanente caridad «pura», de modo que la consideración de la recompensa o del castigo no tenga ya parte alguna en la vida de un alma ⁶.

Por otra parte, es perfectamente conforme al espíritu de la Iglesia que nos ejercitemos en producir actos de caridad perfecta y pura para con Dios y la Santísima Virgen; que nos ejerzamos en hacer las propias acciones por la gloria del Altísimo y de Nuestra Señora, sin pensar explícitamente en las ventajas, incluso sobrenaturales, que pueden resultarnos de estos actos; y cuando este pensamiento de los provechos personales se presente a nuestro espíritu, captarlo y arrastrarlo en la corriente más rica de la caridad perfecta: «Dios mío, mi buena Madre, deseo y acepto todos estos progresos y ventajas personales, sobre todo para poder servirte y glorificarte más perfectamente con ellos, y estarte unido más íntimamente».

⁵ Santo Tomás observa muy justamente respecto de la caridad hacia el prójimo: «Cuando alguien ama a su prójimo por su propia utilidad y su propia satisfacción, no ama realmente a su prójimo, sino a sí mismo» (II^a II^{ae}, 44, 7).

⁶ Denzinger, *Enchiridion Symbolorum*, n^o 1327. — La perfección del amor más puro no exige que excluyamos completamente el amor de nosotros mismos, incluso el más legítimo. Al contrario: el amor natural de nosotros mismos es la condición indispensable para la eclosión del amor de Dios; y el amor de Dios bien comprendido exige que nos amemos a nosotros mismos en Dios y por Dios.